

pañaron como á padre. Pero cuanto llanto hicieron los hombres, tanta fiesta hicieron los ángeles, llevándole á recibir el premio de sus trabajos en la bienaventuranza, de que tenemos dos grandes testimonios.

El primero es, que en aquella revelación tan sabida que tuvo en Mallorca el santo H. Alonso Rodriguez, de que todos los que al presente miraba en nuestro refectorio, se habian de salvar, si perseveraban en la Compañía; uno de ellos era el P. Francisco Colin, que como perseveró hasta la muerte con tantas y tan santas obras, se tiene por cierto que fué al cielo con grande caudal de merecimientos.

El segundo es, que estando en la mision de Mindoro y deseando convertir á dos indios principales que eran caudillos de los demas, de cuya conversion dependia la de los otros, y estando muy obstinados; rogó á Dios que moviese su corazon para recibir su santa ley; y añadió (dudando de su propia salvacion, que, como dijimos, era la que siempre le dió más cuidado): «Señor, dadme estas dos almas en prendas de que me teneis predestinado.»

Esto dijo por la noche, y al amanecer, cuando abrió la puerta de la casa, los halló esperando; entraron y se postraron á sus pies, pidiéndole que los hiciese cristianos. Aquí faltan palabras para declarar el gozo y alegría que tuvo el siervo de Dios con este duplicado favor del cielo, dándole por una parte las dos almas que tanto deseaba, y en ellas y con ellas el golpe de todas las de la isla, que como ovejas á su manso los siguieron y se bautizaron; y por otra parte prendas tan evidentes de su salvacion y de tenerle Dios escrito en el catálogo de sus escogidos.

No se hartaba de darle gracias por tan grandes beneficios, y sin duda fué este el mayor y más festivo día que tuvo en todos los de su vida, por el cual dió por bien empleados cuantos trabajos habia pasado y le quedaban por pasar, porque margaritas tan preciosas, como son la propia salvacion y las de las almas de nuestros prójimos, hacen olvidar en los que las procuran, cuantos trabajos son imaginables y se pueden pasar en esta vida.

Alabemos en este su siervo á la divina Majestad que tantas mercedes le hizo; gocémonos de su gloria y de su eterna felicidad, y pidámosle que nos dé su gracia para seguir sus pisadas y copiar sus virtudes en nuestras almas, y llegar en su compañía á gozar de su felicidad. Su vida escribió el P. Rafael de Bonafe, Provincial de la provincia de Filipinas, de la cual se ha copiado lo que aquí se ha referido, para comun edificacion de todos y gloria de Dios nuestro Señor, que sea alabado y ensalzado por todos los siglos de los siglos. Amen.

P. ANDRADE.

P. JUAN BAUTISTA DE LARRAURI

NACIÓ este siervo de Dios en la ciudad de Logroño, el año de mil y seiscientos y treinta y uno, por el mes de abril, cuando los árboles se visten de hermosura y los campos se bordan de flores, como significando que habia de ser una fragante y hermosa clavellina, teñida con la sangre de su martirio, que diese suavísimo olor de santidad y nuevo resplandor de belleza y hermosura en los campos de la Iglesia.

Sus padres fueron nobles, hidalgos de solar conocido de Vizcaya en la jurisdiccion de Bilbao. El nombre de su padre fué Jerónimo de Larrauri, que sustentaba su familia beneficiando su caudal con trato honrado: fué hombre de gran verdad y honrada correspondencia, con que fué mayor el crédito que tenia que el caudal que manejaba.

Su madre se llamó Bernardina Antonia de Corella, de tan calificada virtud, que mereció el renombre de santa en toda la ciudad. Comulgaba tres veces cada semana, ejercitábase en obras de caridad, de oracion y penitencia; y ambos fueron tan ejemplares, que merecieron tener un hijo santo.

Pusiéronle el nombre de Juan Bautista, no sin misterio y disposicion divina, para que conviniere el nombre con el oficio y ministerio para que Dios le habia criado, que fué predicar su santa palabra en los desiertos de las islas Filipinas, convertir, y bautizar, y traer á Dios muchas almas, y últimamente, como S. Juan Bautista, dar gloriosamente la vida por la verdad que predicaba.

Y fué cosa digna de notar, que desde la cuna le destinó su madre para la Compañía de Jesus; porque, con instinto del cielo, le vistió de nuestro traje, manto, sotana, bonete y cingulo de paño, como le traemos de ordinario.

Con este hábito iba á la escuela, y venia á las doctrinas, y preguntaba y respondia en las plazas con tal gracia y destreza, que á todos aficionaba. Llevábase los mejores premios, y todos á una voz decian que le criaba Dios para santo, y no se engañaban, como lo declaró la experiencia.

Cegó su madre seis años ántes de morir, y su hijo la servia de ojos para leerla en libros espirituales, para llevarla y traerla á nuestra iglesia á los divinos oficios y á los santos Sacramentos que, como dije, frecuentaba.

Fué rara la conformidad con la voluntad divina que tuvo en su trabajo, dándole gracias por él, como don de su divina mano, con que aumentó su

corona, como el santo Tobías con ceguedad semejante; que es costumbre antigua de Dios labrar con este buril las coronas á sus santos.

En escuela de tan aventajado maestro, aprendió nuestro Juan Bautista á llevar con paciencia y alegría sus trabajos.

Desde su tierna edad se aficionó á la Compañía, y parece que con el vestido le infundió nuestro Señor el espíritu de ella, porque siempre se inclinó á hacer bien á todos, y á mirar por su provecho espiritual.

Estudió la Gramática en nuestro colegio de Logroño, y no aprovechó ménos en el estudio de la virtud que de las letras, esmerándose en la modestia y devoción entre todos sus condiscípulos; y, así por esto como por su buena habilidad, era amado singularmente de sus maestros.

Luego que tuvo edad, pidió ser recibido en la Compañía, y diéranle la ropa sin dilación, si no repararan en la corta vista que tenía; era enfermo de los ojos y corto de vista, y esto detuvo á los Superiores para dilatar su entrada en la Compañía; pero su virtud y perseverancia vencieron esta dificultad, y despues de dos años de pretendiente, ordenándolo así Dios por mayores fines de su altísima Providencia, siendo de edad de diez y siete años, fué recibido en la Compañía, á veinte y siete de abril de mil y seiscientos y cuarenta y ocho.

Hoy viven muchos de sus connovicios, y afirman que fué siempre ejemplarísimo, ajustado á las reglas, y como nacido y criado en nuestro instituto, callado, modesto, humilde, obediente, mortificado y devoto, de grande caridad para con todos, y muy inclinado á procurar la salvación de los prójimos.

Visitóle nuestro Señor en el noviciado de Villagarcía con una grave enfermedad que le puso en peligro de la vida. Llevóla con admirable paciencia, ensayándole Dios desde novicio para los tormentos del martirio. La batería fué tan recia de dolores, corrimientos y abundancia de humores, y fuego de calenturas, que perdió grande parte de la vista, tanto que con el uno de los ojos apenas veía cosa alguna.

Aquí fué su mayor desconsuelo, y aquí su mayor congoja; aquí su mayor agonía, combatido de olas de temores de si le habian de despedir de la Compañía, asaltos que en todas enfermedades padecen los novicios.

Lloraba inconsolablemente las lágrimas que no lloró cuando se vió á las puertas de la muerte, sintiendo más perder la religión que la vida; pero consolóle su Maestro de novicios con palabras muy caritativas, asegurándole que aunque más le faltase la salud, no le faltaria la Compañía, sino que le darian los votos como á todos los demas, aunque tuviese poca vista.

Con esta promesa y certidumbre, resucitó como de muerte á vida, y el gozo de la buena nueva le restituyó la salud, y en breves días se halló sano

y convalecido, é hizo los primeros votos con indecible gozo de su espíritu.

Incorporado ya en la religión, no aflojó un punto en el estudio de la perfección, creciendo á una en las letras y en el espíritu: supo muy bien humanidad, y fué excelente latino, y tal, que de discípulo pasó á maestro, y leyó tres años cátedra de humanidad con mucha satisfacción y aprovechamiento de sus discípulos, y, lo que más importa, con grande ejemplo y edificación de todos, sin dar queja ni mostrar sentimiento por verse atrasar en los estudios y adelantarse á él sus condiscípulos.

Habiendo leído tres años, comenzó á estudiar Filosofía, y al primer año levantó el vuelo para otras ciencias superiores á que Dios le habia escogido, y sabiendo que el P. Miguel Solana, Provincial de Filipinas, alistaba religiosos, para ir á convertir inmensos indios gentiles que habitan aquellas islas, encendido en vivos deseos de la salvación de aquellas almas, que se pierden por falta de obreros evangélicos que los prediquen, pidió á los Superiores, con toda la instancia que permite la obediencia, el empleo de esta empresa, y reconocido su buen espíritu, fué señalado para ella, y pasó con el dicho Provincial el año de 1653 en compañía de otros veinte que fueron á las mismas islas.

En Manila acabó sus estudios, y se ordenó de Sacerdote, y leyó dos años Gramática, confesando y predicando juntamente, y ejercitándose con grande fervor en los ministerios de la Compañía á que era inclinadísimo, y en particular á doctrinar á los indios, cuya lengua aprendió con singular estudio.

Por darle materia dilatada en que emplear su fervoroso espíritu, le enviaron los Superiores á la conversión de los indios, primero á una corta residencia, que llaman de Dagami, y despues á otra más poblada de la isla de Leite, que confina con la extendida de Mindanao, un corto brazo de mar en medio.

Faltan palabras y sobran obras, para significar la ansia y sed tan ardiente con que este siervo de Dios se entregó á procurar la conversión de aquella gente por todos los medios posibles, lo que hizo, lo que trabajó y lo que padeció por ellos, el fruto que sacó de sus trabajos y la vida tan apostólica y ejemplar que hizo en aquellos pueblos. Porque no hay ciervo sediento que así corra á las fuentes de las aguas, como corría este siervo del Altísimo á la salvación de sus prójimos, predicándoles, doctrinándoles, sacándoles de los vicios y encaminándoles al cielo, de día y de noche, con frios y calores, con vientos y aguaceros, teniendo por gustosas las incomodidades, y por regalos las inclemencias de los tiempos.

No cesaba un punto de buscarlos, acariciarlos, regalarlos con dádivas, que ellos estiman en mucho, para conquistar sus voluntades y rendir á la ver-

dadera fe de Cristo sus entendimientos, y los tenía tan ganados, que á una voz decían que no había venido Padre de Europa como el P. Bautista, porque les mostraba tal amor, que parecía quererlos meter á todos dentro de su pecho.

Cuando entró en aquella residencia, la halló destruida y los pueblos abrasados por los moros joloos, que la habían entrado y destruido, llevando muchos de sus moradores cautivos.

Lloró el piadoso Padre su lastimoso incendio, pero no acobardó su espíritu magnánimo la dificultad de restaurar lo perdido, ántes, con alentadísimo corazón, juntó los indios más fieles que pudo, y en primer lugar reedificó la iglesia, labrando para Dios el primer aposento; luego recogió los indios que andaban huidos por los montes, y los exhortó á edificar sus poblaciones, y dispuso las reducciones con buen orden, y volvió á formar los pueblos, que fué grande medio para instruirlos y conservarlos en la fe de Cristo.

La vida que hacía entre estos indios era tan ejemplar, que sola ella bastaba por predicación eficaz para convertirlos; porque siempre fué temerosísimo de su conciencia, en la pureza un ángel, en la paciencia un Job, en el sufrimiento un mártir, en el tratamiento de su cuerpo un santo anacoreta; vestía pobremente, su celda una pobre choza, su cama el suelo, y por grande regalo una estera; su comida raíces de yerbas silvestres, porque los enemigos les habían robado los mantenimientos, su bebida agua cruda, su sueño corto, largas las vigilijs; los tiempos que no trabajaba con los prójimos, gastaba en oración con Dios y con los Santos sus devotos.

A todo esto añadía las penitencias de ayunos, cilicios y disciplinas con que martirizaba su cuerpo, como si no fuera bastante martirio el continuado trabajo que tenía con tantos indios, que le miraban como á un ángel venido del cielo para vivir en su compañía.

Era tan observante, que todos los años se recogía á la cabecera de la residencia por treinta días á hacer unos largos Ejercicios y dar en aquella fragua celestial nuevo acero á su espíritu.

Con este modo de vida y con avisos del cielo, le preparó Dios para el martirio; que á sucesos grandes previenen de ordinario señales celestiales, y así previno Dios á este su siervo, mostrándole un mes ántes la muerte que había de padecer por Él; porque llegando de la residencia de Cariagara de tener sus Ejercicios, se vió en sueños todo herido y bañado en sangre y entre enemigos que con puñales le quitaban la vida; lo mismo vieron unos indios que le asistían, los cuales despertaron despavoridos y dieron voces con el sentimiento; pero el Padre los quietó con su acostumbrada mansedumbre, y refirió despues lo que había visto al P. Jerónimo de Ortega, Superior de aque-

lla residencia, el cual le dijo que sin duda era aviso del cielo, que se preparase para lo que Dios fuese servido de enviarle, ofreciéndole prontamente su vida.

Otra señal hubo de mayor admiración á que dió crédito el buen Padre por conocer la inocencia y verdad de los que la vieron, que fueron unos devotos indios criados en mucha virtud, que servían de sacristanes en la iglesia, los cuales una noche, doce días ántes de su martirio, viniendo de rezar, vieron al P. Juan que estaba como durmiendo en una silla, y sobre su lado derecho estaba una señora muy hermosa y resplandeciente con un manto azul, y el resplandor que despedía bañaba la cabeza del Padre con un color purpúreo que parecía de sangre, y todo el rostro y cuello ensangrentados. Turbáronse al principio, y volviendo en su acuerdo, cobraron ánimo y se llegaron poco á poco adonde el Padre estaba, y todos se hincaron de rodillas, dándose golpes en los pechos, reverenciando á aquella señora, hasta que uno más alentado llegó al Padre y le despertó, y mirándolos de rodillas, les preguntó la causa: ellos le dijeron lo que habían visto, y, aunque al principio no lo creía, diciendo «¿quién soy yo, miserable pecador, para que la Santísima Virgen se acuerde de mí?»; últimamente lo creyó y se hincó de rodillas, y perseveró hasta la media noche en oración, dando gracias á Dios y á su Santísima Madre por las mercedes que le hacían, y ofreciéndoles con fervorísimo espíritu su vida, la cual dió por la fe que predicaba, en la forma siguiente:

Salieron los moros que llaman malanaos, con algunas saetas armadas, á cautivar y robar las tierras de los cristianos; embistieron en la isla de Leite, adonde estaba el P. Juan Bautista de Larrauri; entraron en Cabalian, que era una población principal, cautivaron muchos indios, quemaron las iglesias y las casas, y los que pudieron escaparon de su furor, huyendo á los montes.

El Padre se puso en huida, pero, mal aconsejado de un piloto cristiano, se embarcó en una canoa para escaparse por la mar; pero no pudo, porque dió en las embarcaciones de los moros, y en viéndolos el piloto, llegó la barca á tierra y se huyó al monte, dejando al Padre solo en poder de los moros, los cuales echaron mano de él y le pasaron á su saetia, poniéndole una soga al cuello.

Iban en la misma embarcación los cristianos cautivos, y, temiendo que como plantas tiernas faltasen en la fe que habían recibido, les predicó con grande fervor, representándoles cuán presto se pasaría aquel trabajo, y cómo el premio y la corona durarían para siempre.

Los moros se ofendieron grandemente de ver la osadía con que predicaba á Cristo y decía mal de su secta, estando en su poder cautivo, y le dieron

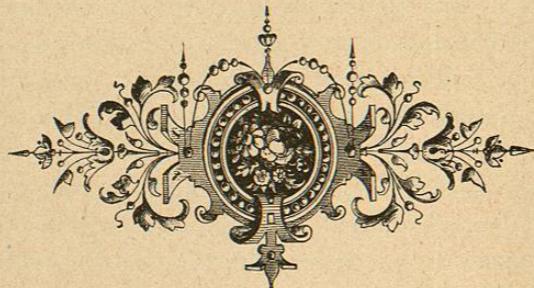
golpes en la boca porque callase; pero el esforzado soldado de la milicia de Cristo no se acobardó con los malos tratamientos que le hacian, y aunque le amenazaron con la muerte, levantó más la voz, persuadiendo á los cristianos que perdiesen mil vidas ántes que perder á Cristo, y á los mismos moros que dejasen su falsa secta y recibiesen la santa y verdadera fe de Jesucristo.

No pudiendo sufrir la libertad con que les predicaba, arremetieron á él como perros rabiosos, y le dieron muchas puñaladas, y echaron su cuerpo en el mar, porque no fuese reverenciado de los cristianos, y su alma voló al cielo á ser coronada en la bienaventuranza.

Su martirio fué á veinte y siete de setiembre, el año de 1663, dia de san Cosme y S. Damian, en que fué confirmada la Compañía.

Súpose lo referido de un indio muy ladino y cristiano, que se llamaba Pedro Mangovar, mayordomo y fiscal mayor de Nundayan, que iba cautivo en la misma embarcacion, y se huyó la noche que le mataron. Y le escribió á Manila y á Europa el P. Jerónimo de Ortega, Superior de aquella residencia, cuya carta tengo en mi poder, su fecha de Sogor y octubre 8 de 1664, de donde se ha copiado lo que aquí se ha referido.

P. ANDRADE.



MISION DE MÉJICO